

sacrificio:» *Sara unigenitum Isaac in montem Moria ad sacrificium tendentem dolens á se dimittit: Nam conscia fuit necis futurae.* Ya se representa al santo José cuando vé á su anciano padre próximo á la muerte, que iba á separarlo de su vista para siempre, y estrechándolo inundado en lágrimas, le besa una y mil veces en su frente, helada ya y sin vida: *Quod cernens Joseph, ruit super faciem patris, flens, et deosculans eum.* Ya se representa á David desterrado por el ingrato Saul, víctima de su envidia y de su furor, cuando se despide anegado en lágrimas de su amigo fidelísimo Jonatás: *Et osculantes se alterutrum fleverunt, David autem amplius.* Ya le parece oír los lamentos de aquella mujer Sunamitis que, postrada á los piés de Eliseo, le suplica restituya la vida al hijo único que acababa de morir en sus brazos; de la desconsolada viuda de Nain, cuando acompaña, llena de dolor y cubierta de luto, el carro fúnebre del hijo que amaba su corazón; de la triste y desconsolada Raquel, llorando día y noche á sus queridos hijos, sin que quiera admitir el más pequeño alivio á su pena. ¡Ay, señores, cuánto es el dolor de nuestra tierna Madre en este día!... Difícil es, mis amados, formar de él una idea exacta.

Mas hé aquí que, levantándose de improviso, se dispone á seguir los pasos de su amado. Sale de su retiro y, acompañada de la fiel Magdalena, se dirige hácia Jerusalem, y entre tanto levanta sus manos al cielo y exclama poseída de dolor: «¡Oh inocente víc-

tima, inmolada por los pecadores! ¡Oh Hijo mio muy amado, si me fuera dado ofrecer mi vida por tí!... ¡Oh separacion cruel, más amarga que la misma muerte! ¡Oh Dios mio, cuán formidable es el peso de tu brazo; cuán inexorable tu justicia eterna! Sobre mí hoy se ha descargado tu furor, y las olas de tu indignacion han venido sobre mí:» *Super me, etc.*

Nosotros, devotos de María, sigámosla en pos de su amado Jesus; pero no, basta ya. Pero sigamos la senda que nos ha trazado, y veamos, en su conformidad con la voluntad del Señor, la resignacion con que debemos llevar las adversidades y contradicciones de la vida: materia de la reflexion moral.

---

¡Qué atónito quedaria el mundo, seguidor de los placeres vanos, al oír ponderar á Jesucristo las excelencias de las aflicciones! ¡Qué extraño y contradictorio le pareceria este lenguaje!... La razon humana, señores, esa razon, limitada é infecunda en sus dictámenes; esa razon, tan precipitada en sus juicios como poco prudente en sus discursos, mira siempre las aflicciones de esta vida con los ojos de la carne y de la sangre, y no vé en ellas otra cosa que efectos de odio y de aborrecimiento. Así, lejos de emprender

con santa emulacion los caminos sembrados de abrojos en que nos coloca muchas veces la Providencia, no tenemos valor para entregarnos en sus brazos. Somos vasos frágiles, que se quiebran al impulso de la tribulacion más pequeña, y las aflicciones de esta vida nos hacen desgraciados y delincuentes; desgraciados, por las angustias que las acompañan; delincuentes, por las sediciosas murmuraciones que las siguen. Quejas que agravan la providencia del Señor; sinsabores que roen el corazón: hé aquí los tristes efectos de la adversidad. Pero veamos, mis amados, á la luz de la razon y de la fé, secundadas por la conducta de la Santísima Virgen en este dia, quién es el que así nos aflige, y cuál es la causa por que nos aflige, y de seguro nos convenceremos de la injusticia de nuestras murmuraciones.

¿Quién es, pues, el que nos constituye en la adversidad; el que interrumpe el curso de nuestras felicidades; el que nos ha entregado indefensos en las manos de los enemigos? ¿Será, acaso, la fortuna, el destino? Pero si la fortuna no es nada; no es otra cosa la fortuna que los inescrutables juicios del Señor. ¿Serán, por ventura, los hombres? Pero si los hombres no son más que ministros de esa misma voluntad divina... Luego es el mismo Dios quien nos coloca en la adversidad. Y nosotros, miserables mortales, ¡tendremos la osadía de quejarnos de nuestro Dios! Pero ¿quién es ese Dios que así nos aflige? ¿No

es, por ventura, aquel Príncipe de paz, de quien dijeron los profetas que dejaria vestigios de misericordia por do quiera que estampase la huella de sus piés? ¿No es aquel Dios de tan piadosas entrañas, que lloró las desgracias de la ciudad ingrata; que derramó copiosas lágrimas sobre el sepulcro de Lázaro, y que, compadecido de la desconsolada viuda de Nain, mandó á la muerte que le restituyera al hijo único que amaba su corazón? ¿No es aquel Dios, en fin, que bajó por nosotros desde los cielos, que suspiró, que lloró y murió por nosotros en una Cruz entre dos malhechores? ¡Oh sabiduría de la Providencia... un Dios que nos castiga, un Dios que nos ama!...

No nos separemos de estas ideas, mis amados. Subid conmigo al Calvario; acerquémonos á ese Dios, pendiente de un patibulo de facinerosos y casi difunto ya; ved esa sangre que sale de sus heridas y riega el monte santo: ya está inundada la tierra en ella; ya están extinguidas las llamas del infierno; ya está aplacada la cólera del cielo, pero su amor aun no está satisfecho; aquel amor que le consume no descansará hasta que salga de sus venas secas la última gota de su sangre. Y ¿necesitará todavía este Dios justificar su conducta para con nosotros? ¿Tendremos valor para imaginar siquiera, que un Dios que así se sacrifica por nosotros es enemigo de nuestra felicidad, y que sólo nos aflige por hacer alarde de su poder? ¡Ah... no! Si las adversidades de

esta vida no fueran conducentes á nuestra felicidad eterna, de seguro no nos hubiera nuestro Dios sumergido en ellas. Atended.

El hombre, conducido por la escasa luz de su razon, no conoce, por lo comun, los bienes que se ocultan bajo la aspereza de la adversidad; pero Dios vé lo que él ignora. Apenas oye Jacob la infausta nueva de que una fiera habia devorado á su querido José, y vé su túnica teñida en sangre, se llena de dolor y, rasgando sus vestiduras, exclama: «El Señor ha descargado sobre mí su pesada mano; ha prolongado mi vida para llenar de amargura mi vejez:» *deducam canos meos cum mærore ad inferos!* Mas, espera un momento, padre engañado por el amor y los cálculos de la ciencia mundana, un momento más, y verás á ese hijo, adornado con la púrpura, dando leyes á un vasto imperio, y disponiendo á su arbitrio del poderío de un gran monarca. De lo que creias su desgracia, ha resultado su felicidad y la tuya. Moisés es arrojado al Nilo; arrebatan las aguas á aquel precioso depósito, abandonado al acaso, y ocultándole de los ojos de una madre inundada en lágrimas, lo conduce al pié del trono. El cielo parece le abandona, y entre tanto así opinaba la prudencia humana, la sábia Providencia decretaba, allá en sus juicios inescrutables, que el rey que lo habia condenado á muerte lo reciba en su palacio mismo, de donde no saldrá sino para ser el caudillo de un pueblo inmenso. ¡Qué tesoro tan inagotable de pacien-

cia, señores, nos proporciona el considerar que el Dios que nos aflige es un Dios de sabiduría infinita y de infinito amor. Pero no lo es menos si consideramos la causa por que nos aflige.

¡Vergüenza y oprobio de los cristianos de nuestros dias, ceguedad é ingratitude de nuestro siglo, que nos veamos obligados los ministros del Santuario á sosegar las quejas y murmuraciones en que prorumpen en sus desgracias! ¡Y desde este sagrado sitio, donde predicamos la mortificacion y la penitencia como único camino de salvacion despues del pecado! ¡Y á un auditorio que se jacta de católico, confesando un Dios pobre, humilde, cubierto de dolores é ignominia, y muerto al fin en un patibulo de facinerosos! ¡Cuando debiéramos sólo venir á calmar las zozobras de los venturosos del siglo! La vida eterna, señores, segun los principios de nuestra religion sacrosanta, es el premio de la adversidad; de modo que si hemos de ser glorificados con Jesucristo, es necesario padecer antes con Jesucristo. El Dios, pues, que me castiga, que me conduce por el camino de la afliccion y de las lágrimas, es un Dios justo y misericordioso, que trata de remunerarme con un premio eterno; y si fuera lícito á alguno quejarse de la Providencia, serian, sin duda, los venturosos del siglo. Atended, mis amados, ¡si fuera lícito á alguno quejarse de la Providencia, serian, sin duda, los venturosos del siglo!... ¡Qué lenguaje tan contrario á las máximas del mundo!... mas no por eso menos

cierto. Es propio, señores, de la prosperidad infundir el olvido de Dios: ahí está la Escritura santa, sembrada de ejemplos terribles, sí, pero de grande instrucción para nosotros. Por el contrario, en el curso ordinario de las cosas vemos que el fuego celestial renace siempre en medio de la adversidad y la desgracia: hé aquí por qué el Señor envió la tempestad al profeta Jonás; la miseria al hijo pródigo; la cautividad de Babilonia al pueblo ingrato de Israel.

¿Y nos quejaremos todavía de la divina Providencia? ¿Seremos tan insensatos que pospongamos nuestra felicidad eterna á los placeres de un momento? Señores, abramos de una vez los ojos; bendigamos la mano misericordiosa que nos aflige, y conozcamos ya el fin que se propone nuestro Dios en las adversidades de la vida. Hoy, más que nunca, se nos ofrece ocasión de contemplar estas verdades, á vista del ejemplo que nos da la Santísima Virgen en la despedida de su amado Hijo. Ved con cuánta resignación oye las palabras que le dirige su amado. ¡Nada le arredra cuando se trata de cumplir la voluntad del Altísimo! Y cuando el mismo Dios-Hombre y su Santísima Madre nos acompañan en la adversidad, ¿temeremos todavía? ¿No será bastante que tan santos ejemplos nos precedan por la senda escabrosa de la tribulación? Mis amados, revistámonos ya de valor y, poseídos de una fortaleza heroica, digamos con el apóstol: «que ni la muerte ni la vida; ni lo alto ni lo profundo; ni criatura alguna de este mundo ni del

otro, podrá separarnos jamás del amor de nuestro Dios.» Este es el fruto que exige de nosotros hoy, y que debemos ofrecer á esa triste Madre, para que así, acompañándola en sus dolores y sufriendo como ella las aficciones y penalidades de esta vida, participemos algún día de la gloria consiguiente, que os deseo.—AMEN.